

Memorialistas & Viajeros Arnold J. Toynbee: Ciudades en marcha

Bartolomé Leal, desde Santiago

Hay dos grandes historiadores del siglo XX que se ocuparon del tema de las civilizaciones (o culturas), su evolución y su devenir. Ellos fueron Oswald Spengler, el autor de *La decadencia de Occidente* (1918-1923) y Arnold J. Toynbee, bien conocido por su monumental *Estudio de la Historia* (1933-1952). Aunque con visiones diferentes sobre el tema (Spengler pone énfasis en el desarrollo de las artes y Toynbee en la práctica religiosa), aportaron con una visión integral de la historia que los hace interesantes e iluminadores hasta hoy. Son legibles, por añadidura. Buenos prosistas, consumaron la paradoja de Borges que consideraba a la historia una rama de la literatura de ficción.

El aporte de Toynbee a la historia moderna fue su énfasis en los procesos globales por los que ha pasado la humanidad, más que en la tradicional recopilación de hechos heroicos o catastróficos ligados a determinadas naciones o razas. En busca de dar un contexto más amplio a las vicisitudes nacionales, para él contaban mucho más las cuestiones espirituales y culturales que las hazañas bélicas, las derrotas épicas o los despliegues invasores. Esta visión le permitió superar la estrechez del concepto de la que la historia la escriben los vencedores y se transforma en un catálogo de grandes hombres y sus obras. Revisó a los historiadores de la Antigüedad, a los árabes y a los hindúes, desarrollando así su doctrina de las civilizaciones integrales, que basan su estabilidad y orientan su evolución en un conjunto de factores donde la religión juega un rol fundamental. Se separa así radicalmente de los historiadores marxistas, que consideran a la religión no más que una superestructura ideológica, denominada por la infraestructura económica.

Sus teorías cayeron mal y le dieron duro: desde el lado de la historia oficial o académica, desde la izquierda progresista y también desde la religión, ya que nunca llegó a comprometerse él mismo en las supuestas verdades reveladas. Toynbee era un ateo. Consideraba que el judaísmo, el cristianismo, el islamismo y el comunismo (visto como una herejía judeo-cristiana) se sustentaban en un mismo sistema monoteísta básico, con sus particularidades, contrastándolo con el budismo y las demás religiones orientales. Como sea, leerlo es fascinante. Incluso sus libros menos conocidos, *Entre el Maule y el Amazonas* (1967), relato de viajes por Sudamérica, y *Ciudades en marcha* (1970), estudio encargado por la Universidad de Columbia, están preñados de tal visión.

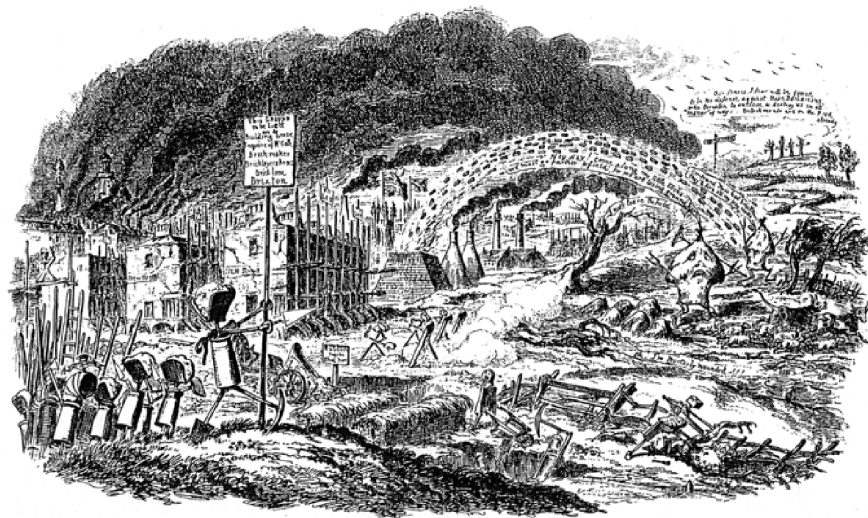
Ciudades en marcha comienza en una imagen, un antiguo grabado, como él mismo lo señala en unas páginas iniciales, que nos prepara para seguirlo en lo que promete ser un brillante viaje por la historia. Una historia de ciudades que se mueven, como lo marca el título. Ciudades que son un fundamento de la civilización, la expresión más alta de la vida sedentaria, en oposición al incierto y frágil nomadismo. Ese grabado de 1829, obra de George Cruikshank, regalado con dedicatoria al abuelo de Toynbee, muestra en forma satírica a la ciudad de Londres avanzando hacia la campiña, eructando humos por las chimeneas y vomitando ladrillos desde las fábricas, amén de desperdicios, destruyendo bosques (con sierras que se manejen solas), espantando a campesinos y animales.

Toynbee relata que esta imagen terrorífica que de modo ingenuo reclamaba contra el crecimiento urbano, lo marcó desde su niñez, aunque pasarían muchos años antes que comprendiera su ominoso significado, más allá del carácter absurdo del aguafuerte.

Plantea Toynbee: “Nuestros antepasados se habrían asombrado a ver las ciudades de sus descendientes –así como a sus habitantes– ponerse en marcha... No habrían podido soñar que un día la ciudad iba a romper su anillo de murallas y se volcaría hacia el campo, para devastarlo más concienzuda y perdurablemente de lo que había sido devastado por horda nómada alguna. Tampoco podrían soñar que, al mismo tiempo, las ciudades se devastarían a sí mismas, cambiando sus otrora sanos núcleos por barrios bajos, enfermizos, cuya dolencia sería tanto física como psicológica”.

Toynbee hace un recorrido por la historia de las ciudades en movimiento y luego cambia de enfoque para caracterizar a las ciudades-estado, que es el momento en que la ciudad ya no es sólo un ente material, un conjunto de edificaciones unidas por redes, para evolucionar hacia un ente político. Durante casi cuatro milenios, sumerios, fenicios, filisteos, griegos en la Antigüedad y las ciudades europeas medievales, respondieron a ese concepto. Más adelante nos regala un lúcido análisis de las ciudades capitales, aquellas que son sede de gobierno. Pero las capitales pueden perder su poder para representar al estado, empujados por otras ciudades de mayor capacidad financiera, industrial, cultural o militar. Su análisis de Roma es en este sentido iluminador.

Un capítulo particularmente interesante de este libro es el dedicado a las ciudades sagradas. Las grandes ciudades, afirma Toynbee, han sido también lugares de culto y durante milenios sus edificios principales fueron aquellos destinados a rendir homenaje a los dioses, tal como Asís y La Meca, Belén y Jerusalén, Yathrib y Compostela, Nara y Delfos. Plantea: “El hecho de ser el lugar de nacimiento de una personalidad carismática o el escenario de su posterior misión no son las únicas formas de hacer sagrada una ciudad. También puede convertirse en santa por haber sido escenario de una experiencia espiritual trascendente, ya sea auténtica o legendaria”.



George Cruikshank's 1829 cartoon of the horrors of urban development, 'London Going out of Town'. This particular satire refers to plans for Camden Town

En oposición a la ciudad sagrada, Toynbee formula su concepto de la ciudad mecanizada. Utiliza una curva de producción para caracterizarla. Estas curvas tienen un crecimiento horizontal luego empiezan a curvarse hacia arriba hasta adquirir una pendiente cada vez más aguda (progresión geométrica), perdiendo luego su fuerza a causa de rendimientos decrecientes que la pueden llevar al colapso. Su visión es pesimista respecto a este fenómeno, a la par que se empiezan a crear, cuando él escribía, lo que llama ciudades mundo. Como habitante de la era pre virtual, Toynbee piensa aún en conectividad física y no previó el alcance que tendría la era de las comunicaciones y las posibilidades que está dando la desmaterialización para reducir al mínimo los desplazamientos.

Concluye: “El indicador del mal que han alcanzado grandes ciudades del mundo es la naturaleza y el volumen del tránsito en las calles... Mis bisnietos, si no mis nietos, vivirán para ser emparedados en esta futura jungla de calles, carreteras, zonas de estacionamiento y altos edificios, hechura del hombre”. Hace cuarenta años el historiador inglés escribía estas palabras que sin duda reflejan con certeza la sociedad en que vivimos.